

PREMIO NACIONAL DE PERIODISMO

EXCESO

Abril 2005 N° 184

Bs. 5.000 USA\$ 3.00

Esdras Parra hombre
después de muerte

Banqueros de fusión

Las esposas
de los Guevara

Carlos
y Camilla
nupcias de
la tercera edad



www.exceso.net



La banca

En el intercambio de pareceres que enfrenta constantemente a esas aves agoreras que son los economistas, las cifras saltan, desquiciadas e inextricables, entre un maremágnum de balances, gráficos estadísticos, analíticos, de compensación, de barras y hasta de torta que, lejos de explicar o aclarar el misterio financiero, lo oscurecen ante los neófitos. Las cifras en bolívares ya no se miden en millones, sino en millardos (término acuñado por Caldera en un solitario arrebató de inspiración, como homenaje terminal a la gramática de Bello) y últimamente en billones.

“Sí la banca privada venezolana venía arrastrando algún problema antes de este gobierno. En estos últimos tres años eso se resolvió, nunca les ha ido mejor”, comenta con desdén un gerente bancario. Y resulta creíble si se leen las cifras ofrecidas por el Banco Central de Venezuela al cierre de 2004: 26,6 por ciento de crecimiento económico del sector bancario (desglosado en instituciones financieras y compañías de seguros), lo que comparado con el minúsculo 4,3 por ciento del año anterior ofrece a la vista de cualquiera un salto estratosférico de más de veinte puntos porcentuales.

A pesar de esto, los banqueros tienen miedo. No hablan, o lo hacen poco y en rutilantes apariciones públicas, donde encogecidos por el destello de los *flashes*, pronuncian algún discurso, imponen una medalla o se escudan en una enorme sonrisa, mientras cortan la cinta de inauguración en alguna agencia nueva, producto de las fusiones o compras que vienen realizando en los últimos años.

Atrincherados en los pisos 9, 12, 16 o 18, en el sanctasanc-tórum de las majestuosas construcciones que albergan el corazón palpitante de sus instituciones, esperan y esperan. Esperan más restricciones, medidas obligatorias, impuestos, leyes nuevas y algunos, sólo algunos, la fatídica imputación del Ministerio público. Se escudan detrás del único ejército del mundo que huele bien, usa medias y tacones, es eficiente, de voces sensuales, cálidas, pese a los dieciocho grados centígrados de los potentes compresores del aire acondicionado en el que gravitan, gráciles, las secretarías ejecutivas, las asistentes y las gerentes de comunicaciones.

Un síntoma claro de la mejora y consolidación del sector

se traduce en cuatro transacciones que tuvieron lugar desde mediados del año pasado y comienzos de éste, a saber: las compras de los bancos Fondo Común y Nuevo Mundo a cargo de Víctor y Carlos Gill, cada uno por separado. También destaca el cambio de manos del Banco Confederado que pasa a formar parte de La Previsora, consorcio manejado por el grupo Maldonado y la adquisición del Banco Bolívar por parte del Banco Canarias, al mando de Eligio Cedeño, figura arquetipal de la banca de probeta.

Cedeño, un *self made man* surgido de una barriada pobre de Caracas, conocido por su temeridad, no dudó en comprar al introvertido Bernardo Velutini un banco literalmente virtual, con contadas agencias y un personal muy reducido, por no menos de 45 millones de dólares en junio de 2004. Tendrá que demostrar una vez más el alcance de su olfato y si podrá hacerse de un mercado emergente.

Existe detrás de estas operaciones una nueva generación de banqueros jóvenes que, aunque temerarios, han tenido aciertos, al punto de cambiarle la cara a la economía de Venezuela. Estos hombres recorren el país, ahitos de adrenalina que se convierte en frescos y crujientes billetes.

Consiguen lo que quieren, con atildado pragmatismo, frente a un gobierno que se concibe revolucionario, a veces intransigente, a ratos cómplice.

Juan Carlos Escotet fue precursor de compras y fusiones desde hace varios años. Personaje curioso, virtualmente inaccesible, concede pocas entrevistas, aunque no siempre fue así. Otros eran los tiempos en que el rollizo agente de bolsa era frecuente entrevistado de los periodistas económicos y cara frecuente en los noticieros de televisión.

Hijo de inmigrantes españoles, apenas tenía 17 años y estudiaba en el colegio Champagnat cuando tomó tres determinaciones que cifrarían su destino: irse de casa de sus padres, cursar el último año de bachillerato de noche y comenzar a trabajar.

Había visto un anuncio que solicitaba un *office boy* para la agencia del Banco Unión en Sabana Grande y allí fue donde cobró su primera quincena en la institución de la que, por



en punto de fusión

Evitando en lo posible el vano alarde que pueda malquistarlos con uno u otro de los bandos en la pugna política, un puñado de banqueros de nuevo cuño, paradójicamente, ha visto en la crisis una gran oportunidad para crecer y fortalecer sus posiciones en el medio financiero; una operación que requiere tanto de audacia como de maña y no exenta de riesgos, dado el caprichoso temperamento de una economía monoprodutora

Albinson Linares

obra y gracia del santo milagro de las fusiones, terminaría siendo el dueño una veintena de años después. Estudiaba Economía en la Universidad Católica Andrés Bello y el joven empleado regentaba la modesta oficina de préstamos de la sucursal ubicada en la calle El Rodeo. No descollaba precisamente por su brillantez académica, pero sí se entregaba desde entonces, como un poseso *workaholic*, a sus labores bancarias, por lo que de allí pasa a la Sociedad Financiera Credival como gerente de mercado monetario.

En Credival conseguiría nuevas oportunidades de proyección pero lo más valioso fue el contacto con el mentor que, cual llave de mandala, desataría los nudos de su *fatum* impulsándolo en una de las carreras más meteóricas de la banca venezolana. Ese mentor no fue otro que Orlando Castro, amigo personal de presidentes, regente de los depósitos del gobierno y quien, para ese momento, no sospechaba la estrepitosa caída de su imperio financiero, en la tristemente inolvidable corrida bancaria de 1993, como tampoco que terminaría algún día vistiendo el vergonzoso naranja de los reos de la justicia estadounidense.

Escotet se convirtió en el *kamikaze* financiero y mano derecha de Castro: de gerente de mercado monetario pasó a gerente general y de allí a la vicepresidencia ejecutiva, siempre cuidándose, con recelo, del hijo de Castro que, se rumoraba, le tenía una terrible animadversión.

Pero su salto a la fama, *ergo* el ingreso con llave propia a los cenáculos bancarios, ocurriría a principios de la década de los noventa (1991-1992), cuando protagonizó el *take*

over más espectacular que recuerde el mercado de valores venezolano, con el que acumuló más del 20 por ciento de las acciones del vetusto Banco de Venezuela, dándole a su mentor un sillón en la directiva del banco manejado por entonces por Carlos Bernárdez, lo que desencadenó una pugna feroz entre éste y Castro.

Actuando con fiero instinto que generaba resultados pasmosos en cortos lapsos de tiempo, el joven corredor puso en manos del grupo el 3,8 por ciento del Banco Venezolano de Crédito, diez por ciento de productos Efe, dos por ciento de Vencemos y uno por ciento del Venezuela. Era la estrella de una hornada de jóvenes que poseían el extraño don de materializar y multiplicar el dinero virtual de las acciones de bolsa.

Poco tiempo después, el cisma incontenible se produjo. La ruptura entre maestro y discípulo era evidente y el distanciamiento le permitió dedicarse a una idea que lo obsesionaba desde sus comienzos como mensajero: tener su propio banco, por lo que en el 92 entró en negociaciones con los hermanos Gill Ramírez, quienes, por la bicoca de 2.250 millones de bolívares, le darían la propiedad de las dos torres de El Rosal, once oficinas nacionales, los cuatro mil millones en depósitos y las licencias de Bancentro, que rápidamente bautizaría con un injerto de anagrama entre su nombre y la palabra banco: Banesco Banco Comercial, acababa de nacer.

La nueva institución no ha parado de crecer y fusionarse desde sus inicios, llegando a ser en poco más de diez años, según el reporte de líderes de captaciones del público preparado por Softline Consultores para el mes de diciembre de 2004, ➤

el tercer banco del país con 6.439.633,00 bolívares, por encima del Banco Provincial (Bs. 6.262.275,49) y sólo aventajado por el Venezuela (Bs.6.999.249,94) y el Mercantil (Bs. 6.574.758,44), marcando un referente ineludible con respecto a las operaciones registradas recientemente.

Escotet compartía sus obligaciones con Caja Familia, institución de la que también era presidente y que era producto de una cruzada personal que el banquero realizó a lo largo de 1997, año en el que adquirió y unió a cinco entidades de ahorro y préstamo: El Porvenir, Bancarios, La Industrial, Maracay y Caja Popular.

Un par de años después se fusiona con La Primera y lidera el seg-

mento de banca hipotecaria con un 30 por ciento. Rápidamente logró un enorme crecimiento en el mercado nacional, *posicionándose* en el segmento de ahorros y préstamos hipotecarios como un medio financiero sólido y eficiente, a tal punto que en el año 2001 se fusiona con el antiguo Banco Unión, que tenía como presidente en aquel momento a Ignacio Salvatierra. De esta unión nace Unibanca (Unión-Banesco-Caja Familia), entidad que se caracterizó desde sus inicios por una agresiva campaña publicitaria que incluía como novedad la cesión de la primera página de la mayoría de los periódicos nacionales a los anuncios de la naciente institución.

El anterior constituiría el paso previo para lo que posteriormente fue calificado por los medios financieros como la "megafusión", proceso que consistiría en la unión de Uniban-

Otro de los círculos de este nuevo club de fanáticos de las uniones y el crecimiento continuado, está representado por los hermanos Gill Ramírez, hijos de un diplomático paraguayo



El temerario Eligio Cedeño

ca con Banesco, reuniendo en una sola entidad alrededor de nueve instituciones para crear un solo vástago, tan mestizo y venezolano como el actual Banesco Organización Financiera.

No todo ha sido miel sobre hojuelas para el *enfant terrible* de la banca venezolana. En marzo de 1998, Banesco sería blanco de rumores aviesos acerca de su estabilidad; posibles intervenciones del gobierno parecían vislumbrarse sobre el banco. El 12 por ciento de los depósitos se esfumaron en la bruma de una paranoia co-

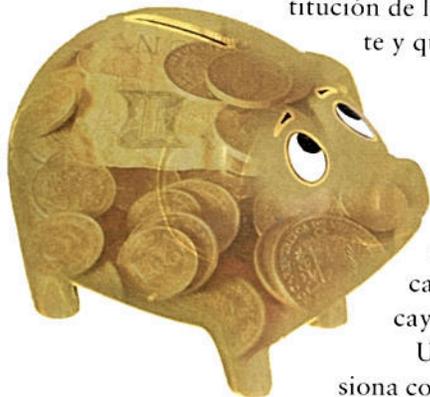
lectiva. El público aún respiraba por la herida de la *debacle* financiera que comenzara con la quiebra del Latino.

Se cuenta que durante esa corrida inducida, Escotet tuvo la suficiente cabeza para llamar a sus gerentes y ordenarles con sangre fría: "Paguen y díganle a la gente que si quieren pueden retirarlo todo".

Otro de los círculos de este nuevo club de fanáticos de las uniones y el crecimiento continuado, está representado por los hermanos Gill Ramírez, hijos de un diplomático paraguayo. Como una dupla fantástica (Carlos y Víctor) o con el agregado del discreto Rafael son una nota permanente dentro del mundillo económico e industrial venezolano.

Carlos, actual dueño de Banorte Banco Comercial (antiguo Banco Nuevo Mundo), es odontólogo de profesión, por lo que estaría destinado a andar en boca de la gente. Rondando los cincuenta, casado en segundas nupcias con Chepita Gómez Sigala y con tres hijos, a mediados de los 90 recibió el mote de *Rambo* por su habilidad estratégica en la bolsa de valores. La vocación por los números no lo dejaría dedicarse a la limpieza, extracción y tratamiento de piezas dentales sino cinco cortos años, hasta que comenzó la cadena de aciertos y causalidades que a comienzos de este siglo lo llevaría a detentar el sillón de presidente de su propio banco.

Al poco tiempo de graduado fundó el Instituto Odontoló-



Escotet, de mensajero a banquero

gico Integral. En paralelo comienza a desarrollar negocios en el área automotriz y financiera creando una empresa dedicada al arrendamiento y transporte de vehículos para las empresas petroleras que, con el transcurrir de los años, se convertiría en Arrendadora Bancentro, hecho que ayudó al establecimiento de una red de concesionarios llamada Uniauto.

Compra la antigua compañía de Seguros Falcón, que sería la rama aseguradora del negocio de los autos como Seguros Bancentro. El círculo perfecto, pues. Ya para noviembre de 2000 esta compañía se unía o fusionaba con General de Seguros y la añeja Seguros Avila, elevando, para el momento, su capital de un millardo a cinco millardos de bolívares.

El contacto con el medio de la banca, a raíz de los avatares laborales de su compañía aseguradora, le permitió comprar en 1989 el Banco Financiero que a la postre reemplazaría cambiándole el nombre por Bancentro.

Faltaba poco para que la misma institución fuera a parar a manos de Escotet: "Vendimos este banco a Juan Carlos Escotet, quien cambió la denominación por Banesco. En 1992, junto con mi hermano Víctor, compramos el Banco Internacional. Allí tuvimos que enfrentar los contratiempos de la crisis financiera de la cual afortunadamente logramos salir ilesos", declaraba a *El Nacional*.

En 1997, siguiendo hábilmente informaciones de primera mano, logra junto a su socio Eduardo Gómez Sigala, ponerle la mano a la mayoría accionaria de la Corporación Industrias Montana (Corimon), sacando del juego a la familia Neumann-Erard, dueños generacionales de la industria de pinturas y revestimientos acrílicos. Juntos logran concentrar en un solo paquete el 40 por ciento de la participación accionaria, por lo que la acción de la empresa en el mercado bursátil pasó de seis a veinte bolívares, registrando el crecimiento más violento que había tenido en años.

A pesar de venderle Bancentro a Escotet, conserva la compañía aseguradora que, aparte de las fusiones ya mencionadas de la General y Avila, hay que anexarle la posterior de Los Andes, Sofitasa, y en junio de 2004, la fusión con Seguros Canarias, con lo que, según los estimados iniciales al momento de la transacción, pasaría a controlar 200 mil millones de bolívares en primas, al primer vistazo. Hay que recordar que también posee la mayoría accionaria del Banco Hipotecario Venezolano el mismo que planeaba fusionar con Central Entidad de Ahorro y Préstamo, sin descartar un "ataque comando" a futuro para hacerse con el control del Banco Canarias.



La asociación en concreto



mote: el *Soros* venezolano, conocido como un hombre pragmático y terriblemente agresivo a la hora de negociar, que no teme perder hoy para ganar mañana.

La familia parece tener una predilección especial por estudiar cosas que, a la postre, no constituirán su oficio definitivo. Víctor Gill es piloto comercial de profesión, poseedor de un amplio *récord* de horas de vuelo, pero a la hora de resumir su *curriculum* sólo suele mencionar sus inicios en el tema económico con el Banco Latino y el Banco Internacional. A los dos años de estar de lleno en el negocio, era entrevistado por Fabiola Sánchez, para *El Nacional*, en donde se refería a las finanzas como un plan de vuelo: "El que tiene éxito en

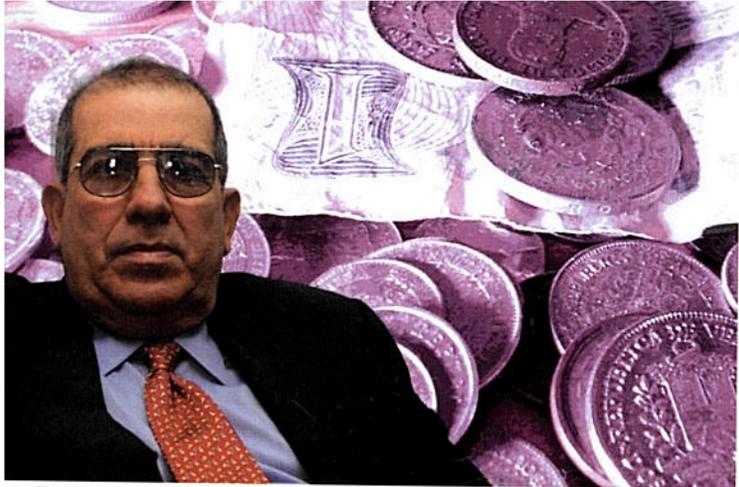
Venezuela es el que puede expandirse en los tiempos buenos, y cuando hay tormenta, moverse a la misma velocidad y prepararse de alguna forma para manejar el negocio".

El Royal Bank of Canada nace en 1916, producto del furor desatado por las explotaciones mineras en toda Guayana, por lo que fija su sede en la capital del estado, Ciudad Bolívar, para atender las necesidades financieras de los mineros que llegaban de todas partes del país y del mundo.

Funciona bajo esta denominación, hasta que en 1976 acorta su nombre al de Banco Royal y en 1986 lo cambia por el de Banco Internacional.

Así se mantiene durante diez años hasta que es adquirido por los Gill, quienes nuevamente deciden transformarlo, reestructurarlo, recombinarlo y, por supuesto, estrenarle un nombre nuevo: Interbank, con el que desde el 16 de noviembre de 1996 sería conocido.

En julio de 2000, tras meses de desmentidos y declaraciones



Francisco Faraco, economista a todo riesgo

nes cruzadas entre Gustavo Marturet y Víctor Gill, la realidad se hacía inminente: Mercantil e Interbank se fusionaban, *posicionando* al primero como el banco más grande del país —contaba para ese entonces con una cartera de créditos de unos 1,5 billones de bolívares y una participación de mercado de 15,4 por ciento— para envidia de sus competidores más cercanos, Provincial y Venezuela, ambos mestizos comprados por consorcios financieros españoles.

Gill y Marturet cerraron filas en sus declaraciones públicas, manejando desde siempre la misma versión, al referirse a la transacción como una fusión. Lo cierto es que Mercantil Servicios Financieros adquirió el 97 por ciento de las acciones de Interbank el 28 de septiembre de 2000. Al siguiente mes compró el remanente de 2,8 por ciento, por 6,4 millones de dólares en la bolsa, con lo que los restos del antiguo Royal Bank of Canada desaparecían para siempre.



Un año después de la transacción, Víctor Gill vuelve a ser noticia como artífice de un nuevo experimento económico: Totalbank, diminuta entidad económica, discreta, que no cotiza en la bolsa y durante

algunos años no pasaría por el crecimiento explosivo, ni el abundante centimetrage en medios impresos que poseía el desaparecido Interbank. Hasta que el 15 de octubre de 2004, estalla la bomba: Total Bank y Fondo Común Banco Universal se fusionan. Era el preámbulo del hecho que se consumaría el 10 de febrero de este año, cuando Gill anuncia que pactó la compra de 98,32 por ciento de las acciones de Fondo Común por un monto de 443,895 millardos de bolívares, con lo que ambas entidades pasarían a ocupar un único lugar entre los 10 bancos más grandes del país, según Softline Consultores.

Esta fiebre de fusiones, uniones, ligues, compras y cambios de manos generan comentarios que van desde el entusiasmo

Esta fiebre de fusiones, uniones, ligues, compras y cambios de manos generan comentarios que van desde el entusiasmo por una economía progresista y pujante hasta el repudio por parte de sectores más conservadores y acaso más conscientes del delicado equilibrio entre la actividad política y los engranajes de la frágil economía petrolera venezolana

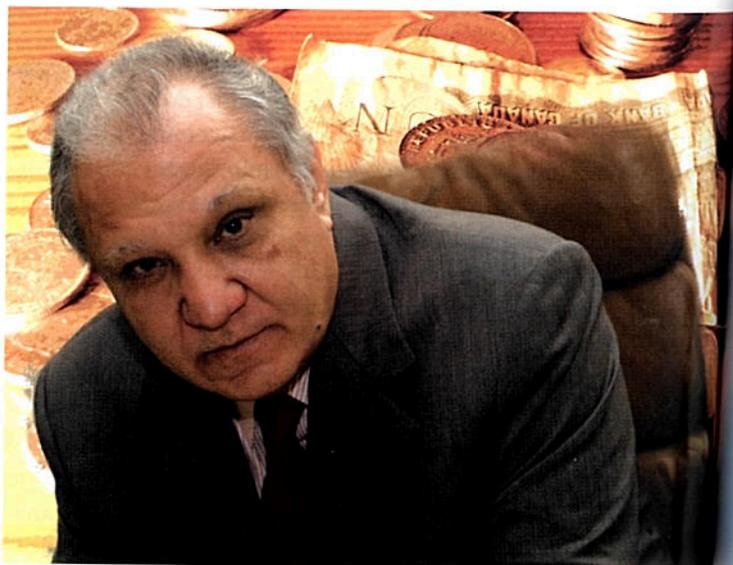
por una economía progresista y pujante hasta el repudio por parte de sectores más conservadores y acaso más conscientes del delicado equilibrio entre la actividad política y los engranajes de la frágil economía petrolera venezolana.

Francisco Faraco, considerado el analista de riesgo bancario más importante del país, cruza y descruza las piernas sentado en una silla estilo Luis XV, ubicada exactamente debajo de un afiche en blanco y negro que lo postulaba para la Asamblea Constituyente por el estado Falcón, mientras intenta explicar el desmesurado crecimiento de una banca, que según él ha obtenido inmensas ganancias gracias a un descomunal porcentaje de tratos con el gobierno: “Esa cifra es un indicio de un sistema financiero que no teniendo donde ubicar los recursos los coloca a financiar el déficit fiscal. Se ha producido ese enorme cambio donde hoy en día el 60 por

ciento de los negocios de la banca son todos del gobierno”.

Explica que históricamente, este índice es una situación totalmente anormal dentro de la historia venezolana, puesto que un volumen de transacciones de ese monto sólo se encuentra en economías socialistas, lo que en el país empieza a ocurrir a partir de 1999, cuando el Estado comienza a endeudarse internamente, hecho también inusitado: “En un esquema normal el sector privado

es un deudor neto de la banca, deposita y recibe de ella; de allí que sea su deudor neto, porque la banca a veces trae del exte-



Arístides Maza Tirado lo ve por el lado bueno

rior, invierte afuera, etc. En el caso venezolano sucede lo contrario: el sector privado es acreedor neto de la banca, es decir tiene más depósitos que préstamos y el deudor neto de la banca es el Estado que tiene más préstamos que depósitos. Es un absurdo. Hay años en los cuales el monto que los ban-



Oscar García Mendoza, el duro de la banca

cos le prestan al gobierno es igual al monto que el gobierno deposita en los bancos. Tenemos un gobierno que no se endeuda para construir obras o pagar cosas sino para depositar en los bancos porque hay un contubernio entre el depositante y el banco del cual ambos derivan ventajas indebidas. En la cuarta República, que era muy corrupta, la relación entre depósitos del gobierno en la banca y presupuesto nacional era de 3 por ciento. En la prístina y limpísima quinta República”, ironiza, “esa relación ha llegado al 40 por ciento, es decir, que el presupuesto no se gasta, se deposita para que gane intereses”, critica Faraco.

Dentro de su visión apocalíptica el economista esboza un panorama bastante oscuro para el floreciente sector bancario. Afirma que bastaría con que el gobierno reclamara intempestivamente sus depósitos a los bancos y que cuando éstos acudieran al Banco Central de Venezuela buscando sus anticipos, el instituto emisor se los negara. Es decir, que si el ejecutivo comprara la banca entera se lograría la tan temida estatización.

Aristides Maza Tirado, presidente de la Asociación Bancaria de Venezuela, abogado de profesión y accionista mayoritario del Banco Caroní, difiere del criterio del analista de riesgo, aduciendo otras razones para el fenómeno acaecido durante el 2004: “El crecimiento es producto de una reactivación que se produce en la economía. La banca no es un compartimento estanco de ésta sino que, por el contrario, se relaciona íntimamente con ella, por lo que crece en el período del 2002, 2003 y 2004, mucho más en este último, porque hay una estabilización política, hay estabilidad monetaria, gracias al control de cambio, y esto produce un incremento en la demanda de crédito”.

Con el control de cambio como motor que impulsa la liquidez monetaria y trae, entre muchos aspectos positivos, una baja en la morosidad de la cartera de créditos, se diversifican los rubros donde se otorgan los mismos. Otro aspecto consolidado es el de las microfinanzas que creció en un 4,4 por ciento, según apreciación de Maza Tirado.

También afirma que la situación ideal en una economía es que ésta posea bancos de todos los tamaños y niveles: peque-

ños, medianos y grandes, cuya competencia e interacción haga que los mejores justifiquen su presencia, mientras los otros tienden a desaparecer. Sin embargo advierte: “Las transformaciones y las fusiones si son mal concebidas no garantizan en lo absoluto mayor eficiencia. Lo malo de todo esto es que conducen a la construcción de monopolios que no son buenos desde ningún punto de vista”.

Con un fondo de Mozart, traje oscuro, con una corbata resplandeciente y empotrado en un butacón de cuero dentro del espacio acristalado de su amplia oficina, Oscar García Mendoza, parece desmentir su fama de hombre duro y lengua afilada. Presidente del Banco Venezolano de Crédito, durante más de diez años ha sorteado cual timonel las numerosas borrascas que se desatan en el clima financiero. Coincide con Faraco, ubicando los depósitos del Estado en un 40 por ciento y afirma orgullosamente que el suyo no posee tratos con el gobierno.

Con respecto a los “nuevos” banqueros opina: “Hay gente que ve los bancos como un mecanismo para incrementar sus propios negocios, por lo que no son banqueros, son inversionistas o negociantes que para llegar al *sumum* de su posición quieren ser presidentes de bancos. La banca es un negocio complicado y complejo pero que da mucho estatus. Con este gobierno el negocio se ha hecho muy fácil porque deposita en grandes cantidades y no existe mucha estructura financiera de control, no se ponen a hacer cálculos de ningún tipo”.

También evalúa los enormes riesgos de tratar con un deudor muy grande como el Estado que hace que se inviertan los papeles clásicos del patrón económico, siendo el deudor quien impone las condiciones y los plazos. Refiriéndose a la fragilidad del sistema económico venezolano, aclara con convicción: “Si el precio del petróleo llegara a estar entre 28 y 30 dólares (ahora está en 43), colapsa todo. Una baja de estas magnitudes arrastraría consigo buena parte de nuestros bancos”.

“Aquí están ganando los más ricos. Si haces un estudio te encuentras que en los últimos tres años los bancos han ganado más que en toda su historia. Cuando liquidan sus utilidades pagan sus dividendos y se los llevan para afuera. Acá no se están comprando bancos sino patentes de corso, se compra la posibilidad de hacer negocios que van más allá del negocio bancario, por ejemplo negocios con el gobierno, en una situación política en donde no se tiene un verdadero control de lo que está pasando”, acota García Mendoza.

La audacia siempre deja en su carrera suspicacias y resquemores. Sin reparar en remilgos, esta nueva promoción de banqueros no se detiene ante las tempestades del ámbito político, que un día bendice al gremio con enormes acreencias, así como otro los sorprende en el banquillo de los acusados, con las más variopintas imputaciones: por la firma del Decreto Carmona, el asunto de los créditos indexados y las cuotas balón, y ahora hasta las esquilas de la voladura del fiscal Anderson podrían salpicarlos. **LE**